



## LA RESURRECCION DE UNA PLANTA.

Más de una vez, lectores queridísimos, he procurado haceros comprender cuán grande es la naturaleza en sus manifestaciones múltiples y variadas, y mi objeto ha sido solamente hacer lo posible por que la observacion de los fenómenos naturales pudiera hacer sentir en nosotros su notable, su bienhechora influencia.

Hoy, como otras veces, un hecho singular y curioso me hace escribir estos renglones para vosotros, suponiéndoos amigos decididos de las plantas, de las flores. La belleza que la vegetacion presenta, con los variados matices, con los suaves aromas de las flores, debe ser en todo caso suficiente poder y fuerza grande que os haga amar las plantas, tan útiles para el hombre, con él ligadas en relacion constante.

El hombre, niños queridos, debe,

con la verdad y el bien, amar lo bello, y pocas cosas habrá como las flores, capaces de haceros sentir, de influir en vuestra vida, haciendo dulces vuestros sentimientos, dirigiendo vuestros actos por la senda del bien.

Algunos creen, y el error es comun, que sólo las mujeres deben amar las flores; y vosotras, lectoras bellísimas de esta *Revista*, tal vez lo supongais así: ningun error más perjudicial, por desgracia, para el perfeccionamiento del hombre, para la elevacion del sér humano.

Amar las flores es admirar la belleza, estudiando en ellas los singulares prodigios de la vida; amar las flores es admitir en ellas lo bello que presentan, preparando nuestro sentimiento y dirigiéndolo al bien; amar las flores es sentir, y sentir es poseer y comprender el bien, aspira-

cion suprema, constante aspiracion del espíritu humano.

Yo amo las flores; amadlas tambien vosotros, y su amor os hará más elevados, sin duda alguna, en vuestras aspiraciones, en vuestros actos todos.

Y si la risa del que no sienta latir su corazon ante la manifestacion de la belleza puede haceros titubear, pensad tan sólo, lectores muy queridos, cuán léjos estará del bien grandioso, de la verdad suprema, el que no puede admirar la bélleza allí do se presenta en abundancia tanta.

Pronto, bien pronto, la dulce primavera llenará por doquiera con esmaltadas, con pintadas flores, los campos y jardines, los valles y praderas. Feliz aquel que, en sentimiento grande, llegue á gozar la inefable ventura de comprender lo bello que se presenta en las mil florecillas que, pródiga, la tierra del planeta ofrece en abundancia.

Entre tanto, olvido fácilmente el principal objeto de estos pobres renglones; olvido, cual lo veis, la resurreccion de la planta de una flor ya perdida.

La vida vegetal requiere, si ha de desarrollarse, condiciones suficientes para la germinacion y crecimiento de las plantas.

Si vosotros, amantes de la agricultura, pequeños labradores, habeis alguna vez en tierra depositado un grano de semilla que quisierais haber pronto visto convertido en planta frondosa, habréis notado que el grano, si fuera profundamente en-

terrado, no habrá seguramente germinado. La luz, el calor, el oxígeno del aire, cosas son necesarias para obtener el resultado que al sembrar apeteciais y que en gran profundidad encontrar el grano no podia. Sin luz no hay vida, casi puede decirse, y la vida vegetal no puede verse libre de esa ley.

Hé aquí, pues, que ya debo contaros el suceso que narraros pensaba desde luégo al coger la pluma para ver de arreglar este pequeño, humilde articulejo.

El caso es (1), y á contároslo empiezo, que, años hace, conociase en la Grecia una muy bella planta de la familia de las papaveráceas, de lindas flores de color amarillo. Esta planta desapareció de la superficie del planeta tal vez en virtud del eterno combate que los seres todos sostienen con empeño marcado por la vida. La planta perdióse, pues, hace tal vez diez y seis ó veinte siglos, y ha vuelto ahora á aparecer.

¿Cómo?

El hecho es curioso y singular.

En los antiguos tiempos de la Grecia fueron explotadas unas minas, hoy tambien beneficiadas en las viejas escorias allí aglomeradas que contienen cantidad no despreciable de plata. Esas escorias han sido levantadas, dejando al descubierto á la luz é influencia del aire el terreno todo que ántes ellas cubrian.

Ahora bien, ese terreno vió nacer algun dia esas preciosas plantas cuya

(1) *L'année scientifique et industrielle*, décimono-  
veno año (1875). París, 1876.

simiente recibió y conservó. Oprimido luego por cantidad inmensa de esas escorias, hoy levantadas por fin, las semillas germinar no pudieron y quedaron allí hasta que, después de veinte siglos, el aire y la luz, con su notoria influencia, han desenvuelto el germen en ellas contenido, haciéndolas crecer, desarrollarse pronto.

El tiempo en vano corrió para esas simientes allí en sagrado, inviolable depósito guardadas: los años, en número tan grande, que trascurrido han después de aquellos días, nada hicieron en ellas, que pudieran hasta ahora conservarse.

Donde las escorias amontonadas se hallaron, existe hoy precioso prado de bellísimas flores, en el presente momento histórico completamente desconocidas; la tierra conservó su depósito, que entregó al hombre después de tantos siglos.

Veréis, pues, algún día esas plantas, que volverán á esparcirse por la tierra, y gozaréis tal vez del secreto tesoro que á las minas helénicas encerrar por tan largo tiempo les fué dado: esas flores, como tantas otras que por doquiera ver hoy ya podéis, presentan la belleza que admirar debéis siempre en la naturaleza y en la vida.

En los largos años, innúmeros, que de existencia cuenta el planeta,

que habitamos, las especies perdidas han sido muchas; tan sólo hoy quedan los restos fósiles de algunas que existieron, mas que no existen ya.

Hoy habrá algunas que tal vez mañana ya no existan; existen por singular ventura las que en la Grecia han podido venir de nuevo á la vida.

¿Por qué no amar las flores con bellezas tan grandes?

Si mi súplica pudiera á vosotros dirigir, mis pequeños lectores, yo os pediría para las plantas respeto y protección; para las flores, admiración y amor. Antes de ahora os he pedido lo primero; pueda yo pedir os lo segundo, y vosotros veréis si mi razón es cierta, si sólo por capricho presentaros pretendo el notable valor, la muy grande influencia que ejerce en el hombre la belleza, y por tanto todo aquello que, como las flores, la atesoran en cantidad tan grande.

Y si algún día una de esas flores que han nacido tras tan larga desaparición llegar pudiera á vuestras manos, acordaos qué amor debéis á las flores, que pueden elevar, enaltecer con su influencia el sentimiento humano.

E. THUILLIER.

Marzo 3, 1876.



## CAMINOS DE HIERRO.

### I.

Hay tres clases de estudios que son de gran importancia y de reconocida utilidad para la educacion de los niños: la *Física*, la *Geografía* y la *Higiene*. La primera, como ciencia que trata de las propiedades de los cuerpos; la segunda, de la descripción de la tierra, y la última, de los medios eficaces de conservar la salud.

Hemos dedicado á la primera una série de artículos que publicamos en esta *Revista* (1) para dar á conocer á los niños las más principales condiciones del aire, del calórico, de los líquidos, de los flúidos, de los sólidos en inmersión y de los cuerpos flotantes en la atmósfera, ó sean los globos aerostáticos; sin renunciar, empero, á ocuparnos en adelante de tan ameno é instructivo ramo de la enseñanza, por el que tenemos verdadera pasión. Hemos igualmente dado algunas nociones esenciales de higiene, esenciales siempre desde que abrimos los ojos á la luz, para preservarnos de los peligros que ofrece la ignorancia de estas reglas, y cuyo descuido compromete de seguro la salud y no pocas veces la vida (2), y suspendimos continuar tratando de esta materia, de acuerdo con un distinguido doctor en ciencias médicas,

(1) Véase el tomo v, páginas 17, 65, 113 y 173.

(2) Tomos VII y VIII, páginas 97 y 220.

colaborador de esta *Revista*, que se encargó, con ventaja de nuestros lectores, de completar nuestras tareas, haciéndolas extensivas á toda clase de alimentacion.

Entónces, como ahora, procuramos no emplear un lenguaje científico, ni tratar de lleno ni la *Física* ni la *Higiene* en toda su extension y aplicaciones: nos concretamos á poner de relieve las ideas mas fundamentales de lo que son en sí, y de recomendar que se aprendan con la sencillez y claridad convenientes, para que el asunto de que tratamos estuviese al alcance de la tierna inteligencia de los niños, y que aficionándose á estas ciencias, puramente bosquejadas con nuestra pluma, emprendieran con ardor su estudio en la segunda enseñanza.

Al proponernos hoy tratar de *Geografía*, tampoco pretendemos abarcar la exposicion minuciosa de tan vasta materia, por mas que no la consideremos ajena de la educacion de los niños en su infancia, que es cuando mejor se aprende; y tanto es así, que ya en las escuelas de instruccion primaria se les alecciona en el conocimiento de los rios, de las montañas, de las capitales de provincia y Estados de Europa. Nuestro objeto es bien distinto: nos prometemos solamente elegir una de las líneas férreas, llamando la atencion

acerca de varios pormenores ignorados por la mayoría de los viajeros, y que al describirlos nosotros en esta breve reseña, han de grabarse de una manera indeleble en la memoria de los niños, hasta el punto de que cuando emprendan alguna expedición veraniega para tomar baños, avisen á sus padres ó personas que los acompañen, los sitios que ocupan en el trayecto que recorran, y las distancias de ellos á las estaciones de la línea; aprendiendo los nombres de éstas con suma facilidad, si tienen presentes las reglas que les comunicamos en nuestro *Compendio de Mnemotecnia, ó arte de ayudar á la memoria*, que, sea dicho de paso, tan extraordinario éxito ha obtenido, que ha superado nuestras modestas aspiraciones.

Hoy los caminos de hierro son las vías generales de comunicacion para todas partes, y la rapidez con que los trenes recorren sus redes hace que con dificultad el viajero pueda fijarse

en los pormenores que ofrece la vía, como de antemano no se halle advertido de cuándo sube una colina, cuándo baja una pendiente, dónde hay una curva, un puente, un viaducto ó una estacion.

Tal es el objeto del presente artículo y de los que publicaremos en esta *Revista*, adaptando á su índole y carácter el asunto que hemos indicado; y para facilitar su exposicion y darle cierto interes y amenidad, nos ocuparemos primero del trayecto de Madrid á Aranjuez, pues fué la primera línea construida por el Marqués de Salamanca, que á vuelta de grandes obstáculos quedó abierta el 9 de febrero de 1851; seguidamente de la estacion central, como punto de partida, y despues de las circunstancias mas notables de la vía hasta Alicante, como límite de su destino.

(Se continuará.)

M. J. PASCUAL.



## EN LA NIEBLA.

(Continuacion.)

Tenía razon el cochero; pero yo no habia abandonado la comodidad de mi casa para renunciar á mi proyecto á la primera contrariedad; ademas, debo decir que desde el interior del coche casi casi me parecia hermosísimo el tiempo. Era, por el momento, del mismo parecer que la señorita María respecto de la niebla. Los faroles de gas me parecian gusanos de luz, ó lamparillas próximas á extinguirse. No pasaba nadie por la calle. Alguno que otro sereno, envuelto en su ropon, iluminaba las tinieblas con la roja luz de su farolillo. El silencio era profundísimo; parecia que Madrid habia quedado desierto. Mi ahijada tenía razon; era un espectáculo muy bello.

—¿Pero no ve V. esta niebla?... preguntaba el cochero. Cada vez es más espesa.

—Más espesa la he visto yo, le dije, en Inglaterra, y allí no dejan por eso de circular los carruajes. Es verdad que los cocheros ingleses y los caballos ingleses.....

—¡Valientes tios serán los cocheros ingleses!.... Pues no digo nada, los caballos..... Si sabré yo que los caballos ingleses no sirven para nada.....

—Qué, ¿quiere V. comparar?....

—Mire V., caballero, lo que hace un cochero inglés y un caballo inglés

lo hago yo más pronto y mejor. ¿Adónde quiere V. ir? A las Vistillas, ¿eh? pues vamos, ahora mismo vamos á las Vistillas.

Y muy incomodado, como que habia picado su amor propio de cochero asturiano, subió al pescante y arreó al caballo.

Cuando llegamos á la Puerta del Sol volvió el hombre á bajar de su asiento.

—Mire V., caballero, tengo que llevar al caballo de la brida, porque hay aquí obra, unas zanjas para eso del gas, y como el caballo no ve, ni yo veo, fácilmente íbamos á caer todos.

—¡Hombre!, imite V. á su caballo, que sigue su camino y no se queja.

—No, pues no crea V. que le falten ganas de quejarse; lo que es, que el animal no habla, que si hablára, puede que ya le hubiera dicho á usted muchas claridades.

No pude ménos de reirme, y parecia que al cochero le agradaba mucho que celebrase sus chistes, porque subiendo otra vez al pescante, exclamó:

—¡Qué diablo!.... vamos adonde usted quiera, vamos á las Vistillas; todo será que nos estrellemos yo y el caballo y usted. No importa; lo que hace un cochero inglés lo hago yo tambien, ya lo he dicho.

— No, le dije, no suba V. al pescante; más vale que lleve V. de la brida al caballo.

— ¿Pues no dice V. que los ingleses.....

— No importa; los ingleses aman mucho á los animales, y un cochero inglés, en el caso en que V. se encuentra, lo que haría sería ayudar á su caballo, yendo á su lado para evitarle todo peligro.

Así lo hizo el pobre hombre.

Encontramos otro coche; era el primero que encontrábamos. Cuando uno va por el desierto halla una gran satisfacción encontrando á otro.

Ya me interesaba aquel coche que corria la misma suerte, el mismo temporal que el que me conducía. Al cruzar por delante del mio, se detuvieron ambos.

— ¡Eh! ¿adónde vas, hombre? preguntó el otro cochero.

— ¡A las Vistillas!....

— ¡María Santísima! No puedes llegar. Yo voy al barrio..... Noche como ésta no la vi en mi vida.

— Parece propiamente el fin del mundo.

Y siguieron los coches su camino.

Apénas habian pasado veinte minutos despues del encuentro con el otro coche, cuando ya estábamos en la plaza de Oriente. Allí habia tres ó cuatro serenos, alumbrando con sus farolillos á los guardias de orden público, horrorizados de tan densa, impenetrable niebla.

Hice mi cálculo, tiré imaginariamente mis líneas y pude afirmar que

nos hallábamos frente al Teatro Real.

— Desde aquí, dije al cochero, que habia dejado la brida del caballo y venido á abrir la portezuela, debe usted seguir en esta direccion, á entrar en la plaza de la Armería, á salir por el arco del mismo nombre, y todo derecho al viaducto de la calle de Segovia.

— ¡Válgame la Magdalena! Señor, ¿en una noche como ésta quiere usted pasar por el *vaduto* ese?.... ¿Y quién le encuentra en esta oscuridad?.... ¡Facilito es encontrar ese *conduto*, como se llame!

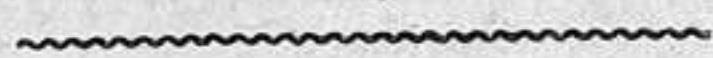
— ¡Jesus, me desespera V., hombre! exclamé fingiendo gran enojo, y advierto á V. que si no quiere usted seguir, por miedo miserable que tiene, me lo debe decir con entera franqueza, porque ahora mismo le pago á V. las horas que hace que me está desesperando, y me voy á pié adonde me dé la gana; pero cuente usted con que no hay ni sombra de propina.

— ¡Válgame Dios! señorito, no se me enfade V.; ya tengo yo empeño en que nos perdamos juntos yo, el caballo y V., porque esta noche nos perdemos, sin remedio nos perdemos.

Y empezó el carruaje á dar vueltas por la plaza, sin encontrar el cochero la salida á la de la Armería. Yo me asomaba á la ventanilla, y nada, no veía nada. De pronto sentí un golpe violento; el coche habia tropezado contra algun obstáculo.

(Se continuará.)

P. J. STAHL.



## ESCENAS INFANTILES.



## EL NIÑO REBELDE.

Este niño es muy travieso; en la casa de su padre ha hecho no sé qué diablura, lo cual le ha merecido una severa reprimenda; y ¿qué ha hecho? ha ido y ha cogido, y se ha escapado de su casa, y ahí le teneis en el campo, lleno de miedo, habiendo perdido el camino y temiendo que llegue la noche con sus sombras y sus terrores.

Cuando se hace algo malo, niños míos, lo mejor es arrepentirse y no pensar en volver á hacer cosa que sea digna de castigo. Dios sabe las consecuencias que acarrear las rebeldías como la del niño que acabo de presentar.





## LA VIDA DEL MUNDO (1).

### I.

El sol llenó los espacios,  
 Poblóse toda la tierra,  
 Y recorrieron los aires  
 Milavecillas diversas.  
 Otros seres animados  
 Surcaron la linfa inmensa,  
 Y en los bosques resonaron  
 Los rugidos de las fieras.  
 Hubo una sola familia;  
 Dos hermanos hubo en ella,  
 Y al más débil le dió muerte  
 El que logró mayor fuerza.  
 La vida del inocente,  
 Que fué víctima primera,  
 Inició de mil delitos  
 Horribles la serie inmensa;  
 Y desde entónces, la sangre  
 Con que se regó la tierra,  
 Sálpicó al hombre en la frente  
 Y marchitó su inocencia.

### II.

Creció la raza del hombre,  
 Creció el delito con ella,  
 Y dominaron las almas  
 La avaricia y la soberbia.

Nególe á su Dios el culto,  
 Y adoró, idólatra y ciega,  
 Divinidades de barro,  
 Faltas de inmortal esencia;  
 Y del Diluvio las aguas  
 Lavaron toda la tierra,  
 Y perecieron por siempre  
 Las generaciones viejas;  
 Mas la familia del justo  
 Logró conservarse en ella,  
 Y se lanzó á los delitos  
 Del justo la descendencia.  
 Siguió imperando la audacia,  
 Siguió abusando la fuerza,  
 Y las puras oraciones  
 Ahogó la cólera ciega.  
 Diseminadas las tribus  
 Del globo en partes diversas,  
 Nunca de viles rencores  
 Lograron hallarse exentas,  
 Y entre familia y familia  
 Se alzó, con forma siniestra,  
 El temeroso fantasma  
 De la destructora guerra.

### III.

Y el Señor, piadoso siempre,  
 Se encarnó y bajó á la tierra,  
 Y predicó una doctrina  
 De paz y dicha fraterna.

(1) Del libro *Moral infantil*, que acaba de ponerse á la venta, y cuyo anuncio publicamos en la pág. 96 de esta *Revista*.

« Amad, dijo, á quien os odie,  
 Abrid al pobre la puerta,  
 Dad de comer al hambriento,  
 Consolad al que padezca,  
 Enseñad al ignorante,  
 Compadeced al que yerra;  
 Que hijos sois del mismo padre,  
 De igual rama descendencia,  
 Y ante el Dios que ha de juzgaros  
 No hay humanas diferencias. »  
 Y contestaron los hombres,  
 Llevados de su soberbia,  
 Escupiéndole en el rostro  
 A Jesus el de Judea;  
 Y Jerusalem vió un dia  
 Alzarse una cruz sangrienta,  
 Y al que bajó á redimirnos  
 Morir enclavado en ella.

## IV.

Los pueblos que cuna fueron  
 Del mundo en su edad primera,  
 Dieron lugar á otras razas,  
 Ni más dignas, ni más buenas.  
 Los progresos de su industria,  
 De sus artes la belleza,  
 Tan sólo se dedicaron  
 A vergonzosas empresas.  
 Las doctrinas del Dios-Hombre,  
 Para el bien segura prenda,  
 Ahogaron á los tiranos  
 Entre sus lúbricas fiestas;  
 Pero al sentirse ya próximos  
 A terminar su existencia,  
 Dieron infinitos mártires  
 A la católica Iglesia.

.....  
 Envuelta luégo entre sangre,  
 Circundada de tinieblas,  
 Temerosa, como todo  
 Lo que en el mal se sustenta,  
 Se ve en la historia una página  
 Que se llama la Edad Media,  
 Donde al choque de dos razas  
 El mundo asombrado tiembla.  
 En una sola palabra  
 Se puede encerrar su esencia:

La guerra, guerra constante,  
 Guerra sin perdon ni tregua;  
 Guerra en que los siervos luchan  
 Por el que roba su hacienda,  
 El que deshonor su nombre  
 Y se mofa de sus quejas;  
 Guerra de un reino á otro reino,  
 De una aldea á la otra aldea;  
 Guerra que impía levanta  
 La destruccion por bandera,  
 Y cruza, cavando tumbas,  
 Los ámbitos de la tierra.  
 Pero ¿á qué evocar los tiempos  
 Pasados, si en esta empresa  
 Ninguna edad fué más cruda  
 De lo que es la edad moderna?  
 ¿Qué extraño afan en el alma  
 Se agita siempre con fuerza,  
 Que la caridad apaga  
 Y origina la violencia?  
 ¿Por qué pretender venganzas?  
 Por qué perseguir sin tregua  
 La realizacion de planes  
 Que matan nuestra inocencia?  
 ¿Por qué dejar el arado  
 Por una lanza sangrienta?

.....

## V.

Políticos desgraciados  
 Que llenais toda la tierra,  
 Creyendo formar la dicha  
 De la humanidad entera;  
 Que haceis códigos á miles,  
 Y siempre son letra muerta;  
 Que os juzgais de protocolos  
 Ambulantes bibliotecas;  
 Políticos del acaso,  
 Que teneis siempre en la lengua  
 Gran ligereza, en desquite  
 De la pesada conciencia;  
 Filósofos que á la forma  
 Rendís vuestra inteligencia,  
 Y escribís tomos y tomos  
 Para que nadie os entienda;  
 Oradores de tribuna,  
 Cuya imaginaria ciencia

Es falso oropel , que brilla  
 Donde el criterio no impera ;  
 Si el bien general os mueve ,  
 Si no son vanas promesas  
 Las que un dia y otro dia  
 Repetís con insistencia ,  
 Descended de las alturas  
 A que os llevó la soberbia ,  
 Y estudiad sólo un librito

En cuyas hojas pequeñas  
 Hallaréis fijo remedio  
 A tantas y tantas penas.

En este libro aprendisteis ,  
 Cuando niños , en la escuela ,  
 La Católica Doctrina  
 De la Santa Madre Iglesia.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## LA HORMIGA.

Desde que nos desprendemos del seno materno para hacer nuestra entrada en el mundo, hasta que le abandonamos en busca de una mansión más feliz, de una patria más duradera, nos hallamos sujetos á la ineludible ley del trabajo; ley que necesariamente hemos de cumplir todos, sin excepcion alguna.

Esto trataba de hacer comprender un padre cariñoso á su tierno hijo Pepito, niño que, aunque de corta edad, revelaba en sus maneras y en sus acertadas respuestas una instruccion superior en mucho á sus cortos años, merced á la asiduidad con que su padre tomára sobre sí el empeño de velar por su educacion. Por esta causa era siempre el primero en la escuela, donde alcanzaba los más brillantes premios y, siendo ademas de un carácter dulce y apacible, se captaba las simpatías de los demas niños, que le querian y apreciaban á porfia.

El bondadoso autor de sus dias le acostumbraba á ser madrugador, y apenas apuntaba el sol en el ardoroso

estío solia pasear con él por el campo, no tanto en busca del ambiente puro y reparador, como para aprovechar las mil ocasiones que á cada momento se presentaban de inculcar en su tierna inteligencia nuevas y provechosas enseñanzas: cuándo el objeto de la conferencia era el radiante astro del dia; cuándo algun árbol que cargado de excelente fruto parecia querer romperse bajo el peso de riqueza tanta; cuándo el hilo plateado de algun cristalino arroyo que corriendo entre arenas de oro se deslizase cual pintada serpiente; siempre, en fin, habia motivo para proporcionar nueva y sólida instruccion al encantador Pepito, que á su vez correspondia á los desvelos de su cariñoso padre, escuchándole religiosamente y proponiendo á su manera los puntos para él oscuros.

Cierta mañana que habian salido al campo á dar su acostumbrado paseo, y en la que se ostentaba aquél cubierto de doradas espigas, como premio á las fatigas y sudores del labrador, iba su condescendiente papá

dándole á conocer la necesidad del trabajo y las ventajas del mismo, tanto en la parte física como moral del hombre, así como las desgracias que acarrea la holgazanería, cuando observó Pepito una senda ó caminito por el que bullian multitud de hormigas cargadas de granos de trigo, provenientes de las espigas que en completa sazon habian caido al suelo. Quedóse por un momento contemplando aquel espectáculo nuevo para él, lo cual visto por su padre fué un motivo más para reforzar sus argumentos sobre el mismo asunto, diciendo á Pepito de esta manera:

—¿Ves esos animalitos con qué afan acarrear los granos de trigo que yacian por el campo? Pues bien, el Supremo Hacedor les ha dotado de instinto para que en la época de la abundancia, en la rica estacion que ahora atravesamos, hagan su provision para cuando llegue el estéril invierno y entónces vean cubiertas todas sus necesidades; repara al mismo tiempo cómo se afanan todas por allegar su porcion; nadie rehuye el trabajo, porque su instinto les enseña que si hoy no lo hacen, mañana carecerán de sustento, y ¡ay del que se negase á hacerlo! Al punto le expulsarian ignominiosamente como un miembro inútil.

Si pudieras, hijo mio, penetrar por un momento en sus almacenes y graneros, verias con qué cuidado, con qué esmero tan prolijo guardan sus provisiones, alejando de ellos toda humedad que pudiera hacerlas germinar ó corromperse: te asombrarias

al ver el orden y limpieza que allí reina.

Estos animalitos tan pequeños nos están diciendo á voces que debemos trabajar sin descanso si queremos obtener algun producto. Nos enseñan que en el estío de la vida debemos acarrear, sin cesar un momento, materiales para cuando llegue el temido invierno, que es, hijo mio, la vejez con sus achaques y padecimientos. ¡Ay de aquel que en su juventud, en la primavera de la vida, abandona la senda del trabajo, y á imitacion de la cigarra de la fábula, se echa en brazos del placer y del vicio! ¡Ay de él, -repito! Llegará el crudo invierno de la vejez con sus innumerables necesidades; volverá la vista hácia la trabajadora hormiga, á quien contemplará gozando el fruto de sus afanes y sudores, al mismo tiempo que él verá de cerca la miseria y la ignominia, despreciado de sus semejantes y odiado de la sociedad.

Ahora, mi querido Pepito, te hallas en la edad en que el hombre empieza á sembrar el campo de su inteligencia. Marcha siempre hácia adelante; no te arredren las dificultades y obstáculos de que está sembrada nuestra existencia. De la misma manera que la diminuta gota de agua socava las rocas más duras, así la constancia y el estudio allanan todos los obstáculos y son la fuente segura de la felicidad y de la riqueza.

Y vosotros, ¡oh niños para quienes esto escribo! seguid la senda del trabajo, huid de los vicios, y sobre todo del de la holgazanería, tened

siempre en la memoria los valiosos consejos de vuestros amantes padres. Imitad en el trabajo á la laboriosa hormiga; de esta manera os veréis honrados y queridos, vendrán para vosotros dias de paz y bonanza, y más tarde, cuando ya en vuestra edad madura os veais rodeados de

pequeñuelos que empiecen á practicar estos mismos principios, merced á vuestros cuidados, no podréis menos de exclamar, trémulos de emocion: ¡Bendito sea el trabajo! ¡Benditos mis padres, á quienes debo tanta felicidad!

VICENTE DE RIVAS.

## LA VERDAD Y LA MENTIRA.

Vamos á ocuparnos hoy, queridos míos, de una materia muy grave é importante: hagamos alto en los cuentos por esta vez, pues os prometo para el primer dia, con tal de que ahora me esteis atentos, contaros uno que os ha de entretener mucho; además estamos en la cuaresma, es decir, en tiempo de hacer penitencia. Vosotros no ayunais, no estais obligados á cumplir este precepto, porque sería peligroso en vuestra tierna edad, y por eso la Iglesia sabiamente dispuso que esta obligacion fuese sólo para los que pasasen de veinte y un años.

Sin embargo, no estais dispensados de hacer algun sacrificio; considerad como tal el leer estas líneas que he escrito hoy para vuestro bien y provecho.

Yo ya sé, amadísimos niños, que aborreceis la mentira y que sois amigos de la verdad, y tan amigos, que por nada de este mundo faltais á ella. Sabiendo esto, parece

excusado, y aún fuera de lugar, que os entretenga en este momento con las excelencias de la verdad y las ruindades de la mentira. Pero estais en tanto peligro, todos los dias, de caer en esta aberracion, que es poco cuanto se os diga y repita respecto á lo que es y á lo que conduce, para estar prevenidos en contra de ella.

Por otra parte, niños míos, la mentira se reviste de mil formas para engañaros; sabe muy bien conducirlos al peligro sin que lo conozcais, y como siempre está en guerra con la verdad, de aquí que os busca como instrumento para ganar sus batallas.

Unas veces válese esta enemiga de la verdad del temor ó del miedo para conseguir la victoria; apodérase de vuestro corazon cuando cometeis alguna falta, y si habiais de confesarla sencillamente á vuestros padres que os acusan por ella, la ocultais con maña, creyendo que de este modo os librais del castigo merecido.

Pero es inútil, porque la verdad tarde ó temprano se descubre, aparece á la vista cuando ménos lo esperais; y hé aquí, hijos míos, otra contra que tiene la mentira, que es engañadora y falsa para los mismos que se sirven de ella.

Esto solo sería bastante para que siempre la aborreciésemos.

¿Pues no hemos de aborrecer á quien viene vendiéndose como amigo para en seguida hacernos cometer alguna falta que él mismo es despues el primero á denunciar?

¿No os apresurariais, niños queridos, á separaros prontamente de un compañero que se condujese así con vosotros? Pues tal es la mentira, peligroso compañero que engaña al mismo que se vale de ella.

¡Cuán diferente es la verdad! Hija del cielo, franquea todos los caminos, abre todas las puertas y nos lleva por la mano á vivir en paz con los demás hombres y con nosotros mismos.

Es cierto que muchas veces os parecerá triste y hasta doloroso el confesarla, pero en cambio sentiréis despues un placer muy grande dentro de vuestro corazón y una tranquilidad inexplicable. Y si no, recordad á aquellos niños que tienen la desgracia de decir alguna mentira cuando son preguntados por su padre ó maestro: en el momento de oírlos, soleis murmurar todos á una voz: «No debe de ser verdad lo que acaba de contestar; se le conoce en la cara.»

¿Cuántas veces no habeis dicho ó presenciado esto? ¿Y en qué con-

siste? ¿Consiste tal vez en que la mentira es una cosa que se ve? No se ve, no, esto bien lo sabeis, pero ello es que sale á la cara. ¿Dónde está, pues, la causa que motiva este hecho notable?

La causa está, amados niños, en que el corazón y el espíritu, destello éste de la verdad purísima, imagen de Dios, la arrojan de sí, pelean contra ella, y estableciéndose una lucha dentro de nuestro sér, los esfuerzos de esta lucha déjense ver á lo exterior.

Hé aquí, pues, cómo en el rostro, en la manera de expresarse, en todo nuestro cuerpo, se conoce cuando nuestros labios dicen mentira. A la vista de esto, ¿valen la pena todos cuantos dones pueda ofrecernos, de perder por ellos la tranquilidad de nuestra alma?

Nada valen, no, todas sus promesas, como nada valen todos los beneficios que puedan resultarnos. Porque sucederá alguna vez que al ocultar la verdad de una cosa nos resulte algun bien puramente material, pero es éste tan efímero y pasajero, que desaparece pronto, así como el pesar de haber faltado á la verdad es duradero y permanece dentro de nuestro corazón como un eterno remordimiento.

Yo recuerdo, hijos míos, con esta ocasion, un hecho que no puedo ménos que referiroslo porque encierra una gran enseñanza para vosotros; voy á contároslo en breves palabras:

Un niño algo travieso penetró un

dia, aprovechando la ausencia de su padre, en su despacho; tenía gran afición á escribir y á emborronar papel, y siguiendo esta costumbre, púsose con impremeditado ardor á llenar cuartillas; pero como era un poco precipitado y aturdido, dejó caer el tintero sobre la mesa-escritorio; ante el lago de tinta que luégo apareció á su vista, no se le ocurrió otra cosa al pobre niño que coger los papeles que halló más á mano y limpiar con ellos la mesa, envolviéndolos despues en forma de pelota, y guardándolos en el bolsillo se salió de la sala á todo correr.

A todo esto, sucedió lo que era de temer, que aquellos papeles, con los que habia intentado cubrir su falta y guardára en el bolsillo, eran de suma importancia, y tanta que luégo que su padre notó que no estaban sobre la mesa, buscó y rebuscó en todos los rincones, pero inútilmente. Poco tardó en hallarse la casa vuelta de un lado al otro: se desesperaba el padre, lloraba la madre, disculpábanse los criados, y por más que el niño habia sido preguntado si habia andado con los papeles ó si los habia cogido, este desgraciado niño ocultaba la verdad de lo que pasára en el escritorio de su padre. El motivo de tanta pesadumbre consistia en que entre los papeles envueltos por aquel travieso héroe iba una carta que probaba nada ménos que la inocencia de su padre, que andaba perseguido por una atroz é infundada calumnia.

Figuraos, niños queridos, ¡cuánto

no lloraria la madre! ¡Qué profundísimo pesar no dominaria el corazón de su padre!

La casa se habia recorrido en vano en busca del deseado papel, y desesperanzados de poder hallarle se entregaron en brazos de la Providencia, de quien sólo esperaban la salvacion de su honra.

A la mañana siguiente uno de los antiguos criados de la casa, que habia tomado gran parte en el sentimiento de sus señores, al limpiar debajo de la cama donde dormia el niño distinguió un pequeño rollo de papel, se apresuró á cogerlo y vió que estaba manchado de tinta; entónceş le dió un salto el corazón y una idea cruzó por su mente; se dijo: «¿Si estará aquí la carta que con tanta ánsia buscamos?», y sin decir una palabra más corrió en busca de su señor.

Este se hallaba en un gabinete, medio recostado en una butaca, sumido en dolorosa meditacion; y era ésta tan profunda, que no sintió el ruido que al entrar hizo el buen criado, y sólo notó su presencia cuando le dirigió la palabra para entregarle los papeles que acababa de encontrar.

A su vista, un rayo de esperanza inundó su alma, y desdoblándolos con febril impaciencia halló ¡oh fortuna! casi sin mancha la carta que era la prueba de su inocencia.

Por demas está el que os hable ahora de la alegría que hubo en toda aquella casa al saberse la noticia del hallazgo de la carta, porque dema-

siado lo adivináis, sin que yo me detenga en describirlo.

Lo que sí debo decir, y llamar sobre ello vuestra atención, es, que todos esos disgustos, todos los pesares por que atravesó aquella familia, se habrían evitado si al principio, cuando el niño fué preguntado por los papeles, hubiese dicho la verdad.

Hé aquí, hijos míos, cómo muchas veces no está el mayor mal en hacer una travesura parecida á la del niño que os acabo de contar, sino en ocultarla, negándola con terquedad, por las graves consecuencias que acarrea, según acabáis de ver.

La mentira nunca puede ser buena, porque tiene mal origen: ella nació en los primeros días de la creación, en el seno envenenado de aquella astuta serpiente que engañó á nuestra común madre Eva, cuando moraba en el paraíso donde Dios la había colocado para su eterna felicidad, según ya recordáis por la Historia Sagrada, que sabéis perfectamente.

Conozco, niños queridos, que tal vez se os va haciendo pesada la penitencia que os he impuesto hoy de hacer os leer lo que llevo escrito.

Voy á concluir, y otro día continuaremos ocupándonos de este asunto, que da mucho que hablar, si Dios permite que yo pueda volver á coger la pluma para añadir otras re-

flexiones á las ya indicadas y que son también de gran importancia; ántes, sin embargo, de poner fin á este artículo, me parece oportuno recomendaros que vayáis siempre por el camino de la verdad, porque es el más llano y libre de peligros; así llevaréis erguida la frente y tranquilo el corazón; sea cualesquiera vuestra suerte, siempre descansaréis en el seno de vuestra propia conciencia, como el viajero fatigado por el ardor del sol descansa bajo la dulce sombra de un frondoso árbol que halla á la orilla del camino.

Vosotros llegaréis también á una edad en la que os veréis cansados de los contratiempos de la vida, hartos de penalidades y trabajos; entónces es cuando necesitáis que vuestra conciencia no os eche en cara nada que pueda mancharla, para descansar tranquilos bajo su sombra.

Tened muy presente, queridos niños, que en los libros santos se encuentran estas palabras, que os ruego aprendáis de memoria: «Seis cosas son las que aborrece el Señor, y la séptima la detesta su ánima: ojos altivos, *lengua mentirosa*, manos que derraman sangre.» Así está escrito en el divino Libro de los Proverbios; libro compuesto por Salomón bajo la inspiración del mismo Dios.

R. SEGADE CAMPOAMOR.

